AÑO II NÚM VIII

# GRECIA

## REVISTA DE LITERATURA

SEVILLA

1 de Febrero de 1919 10 Céntimos.

Pedid oloroso y fino **"PALMERO"** de la casa de

**MANUEL M. FERNÁNDEZ**

DE JEREZ DE LA FRONTERA

Especialidad "MANZANILLA IMPERIO"

SANLÚCAR DE BARRAMEDA

DEPÓSITO EN SEVILLA MOZAS, 10

Tejidos

Novedades y Confecciones

Especialidad en artículos de punto

y Camisas de caballeros

**José Pérez Girón**

Plaza del Salvador, 20 y 21

Sevilla

: Imprenta. Papelería :

: Fábrica de Libros rayados :

L. VILCHES

:-: La casa que más trabaja :-:

Sierpes, 79 y Mozas, 5

Teléfono, 453.

SEVILLA

*Bertrand Auban Gasquet*

OPTICO

SIERPES, NÚM. 34.—SEVILLA.

Gran surtido en óptica. Electricidad, fotografías y ciencias.

# Café Moka

ES EL MEJOR

SIERPES, 61

## Cervecería España

TALLER DE REPARACIONES
DE AUTOMÓVILES

Especialidad en coches "FORD"
Bajo la dirección de
MR. W. E. LANE
Mecánico y ex-representante técnico de la Fábrica "FORD"

GARAJE
**Universal Stand**
— DE —
LUCIANO HALLIVIS
*Neumáticos, Cámaras, Aceites Grasas, Accesorios para Autos*
AUTOMÓVILES DE ALQUILER
Servicio permanente
PZA. de la CONTRATACIÓN, 5 (Junto a la pta. Jerez)
Teléfono, número 1159
SEVILLA

## La Española

CONFITERÍA
PASTELERÍA
ULTRAMARINOS
**Astelmo de Rueda y Mora**
Tetuán, 27.—Teléfono, 941.
SEVILLA

Casa especial para bombones

## Montes Sierra e Hijos

BANQUEROS

(Sucesores de Huidobro)

# Neutrácido Español

Medicamento insustituible, absolutamente inofensivo
Completamente eficaz para las enfermedades del

**Estómago e intestinos**

y todas las derivadas de defectuosa nutrición
Artritismo, Diabetes, Anemia, etc.

No vacile usted si sufre
Tardará usted en curarse, lo que tarde en decidirse

EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS Y DROGUERIAS

FRASCO DE 300 GMS. 6 PESETAS
FRASCO DE 500 GMS 10 PESETAS

Concesionario exclusivo: **José Marín Galán**, Arjona, 4.—SEVILLA
quién enviará gratuitamente folletos a quienes los soliciten.

**GRAN SASTRERÍA**
**DE PAISANO Y MILITAR**

# Vda. de Subirá y Sevilla

**ALTAS NOVEDADES** **EXTENSO SURTIDO**

Uniformes de todas clases para corporaciones, cocheros, lacayos y chauffeurs

O'DONNELL, 30 Y 32

**SEVILLA**

*Única casa en España que sirve lutos a medida en una hora*

AÑO II. SEVILLA 1.º DE FEBRERO DE 1919 NÚM. 8

En la angustia de la ignorancia—de lo porvenir, saludemos—la barca llena de fragancia—que tiene de marfil los remos.
Rubén Darío

DIRECTOR
Isaac del Vando-Villar

Revista Quincenal de Literatura.

REDACTOR-JEFE
Adriano del Valle

Redacción: Amparo, 20

# Los siete durmientes.

I

Al anochecer, bajo una luna de estío, tres pastores descendían del monte Celio, detrás de un rebaño.

Sonaban las esquilas angustiosamente. De cuando en cuando los perros negros detenían se, desconfiados, junto a la boca de las minas de agua, que la luna poblaba de fantasmagorías. Abajo fulguraba la ciudad de Efeso, lamida por las aguas del Caistro, cuya plata efervescente iba a perderse en el mar vago, lleno de neblinas.

—¡Mirad!—dijo uno de los pastores.—El palacio imperial está todo iluminado... Bien os lo decía yo: Decio llegará mañana.

De pronto, en un recodo de la pedregosa vereda, los tres se quedaron inmóviles, lívidos de pavor. Al mismo tiempo los perros comenzaron a ladrar furiosamente, como si una manada de lobos hidrófobos atacase el rebaño: aterrorizando a los pastores y a los perros, siete fantasmas blancos oraban, de rodillas, sobre un alto peñasco.

El más joven y vigoroso de los zagales disponíase a avanzar, decidido y hostil, hacia el extraño grupo—que parecía de mármol—, cuando de repente soltó una desdeñosa carcajada:

—¡Son los siete cristianos!

Con la boca todavía fruncida por la risa volvióse a sus compañeros, y riéndose todos de aquel ingenuo susto corrieron al alcance del rebaño, que iba ya lejos, perdiéndose en un bosque de cipreses.

***

Maximiano, Malco, Marcio, Dionisio, Juan, Serapio y Constantino, los siete cristianos que oraban al fulgor de la luna, eran siete mancebos de diez y seis a diez y nueve años, enflaquecidos por la penitencia, pálidos, de ojos tímidos y profundos. Sus figuras tenían cierta gracia femenina, y las manos claras,

cuyos dedos conservaban aún señales de anillos y restos de aromas exquisitos, atestiguaban la delicadeza de su origen. Todos ellos eran efesios.

Habitaron palacios de mármol, durmieron en lechos de plumas, arrastrando túnicas recamadas de gemas por el mosáico de peristilos monumentales, donde los surtidores cantaban entre arbustos de Arabia.

Nuestro Señor Jesucristo se apareció una noche a Maximiano, el más joven y el más pálido de los siete, y le dijo:

—¡El oro es del color del fuego, que todo lo consume: los que tienen ojos verán en él las llamas del infierno! Si quieres reclinar la cabeza en mi seno, coge tus riquezas y distribúyelas entre los pobres. Despierta a tus amigos y diles que hagan otro tanto. Sigue con ellos por el camino de la humildad, y juntos llegaréis a las puertas del cielo...

Apenas desvanecióse la divina visión, Maximiano fué de puerta en puerta despertando a los amigos que dormían en el error; pero casi todos lo recibieron con mofas y desdenes, afeminados por una existencia de depravados refinamientos. Sólo seis se decidieron a acompañarlo. Los siete abandonaron sus palacios, distribuyeron su riqueza, retirándose a la soledad, donde vivían en éxtasis, visitados por los ángeles y protegidos por los leones, que a sus ojos se tornaban mansos como corderos.

***

Mientras Felipe vivió, los siete cristianos continuaron sus prácticas espirituales sin que nadie los molestase; pero así que el Senado reconoció a Decio por Emperador, aquella dulce paz trocóse en los más duros martirios. El implacable Decio molestó a los cristianos con toda suerte de tormentos: fué ésta la séptima y la más cruel de las persecuciones. Siempre que aquellos elegidos del Señor descendían a la ciudad, los paganos cebaban en ellos su entrañable odio, lapidándolos, llenándolos de vituperios y ofendiendo sus castos ojos con torpes imágenes ithifálicas. Ellos, por el contrario, pagaban la acrimonia con cariños, sonriendo a los que los apedreaban. ¡Sus defensas eran espadas de inocencia y puñales de amor!

. . . . . .

Se extinguía a lo lejos el angustioso rumor de las esquilas. Maximiano se levantó y dijo a sus compañeros:

—El Emperador llegará mañana. ¡Mirad! Su palacio está iluminado... Decio aborrece a los cristianos. Nos mandará matar si nos ve. ¡Preparémonos para el martirio que habrá de conducirnos a la presencia de Dios! No nos escondamos ni aguardemos a que él nos descubra. Presentémonos ante sus ojos... Levantaos y entremos en la ciudad.

Se alzaron todos, e iban a seguirlo, cuando Dionisio exclamó:

—Nada tan dulce como el martirio si éste nos ha de granjear la eterna gloria. Mas si voluntariamente buscamos la muerte, seremos unos egoístas, preocupados sólo de la felicidad propia. Todavía no hemos trabajado ni sufrido bastante para merecer los supremos regalos de la bienaventuranza. En vez de buscar la muerte debemos huirla. Sólo así podremos servir al Señor, convirtiendo a los que caminan por atajos perversos, consolando a los tristes y socorriendo a los enfermos...

—Quizá tengas razón, Dionisio—dijo Maximiano—; más si esta ansia de muerte que todos sentimos no fuese conforme a la voluntad de Dios, El no la hubiera hecho germinar en nuestras almas...

—Si el Señor nos muestra caminos diversos—añadió Dionisio—, es para decirnos que debemos recogernos en la meditación antes de preferir cualquiera de ellos. Es preciso vivir, por que vivos aumentaremos el número de los fieles, mitigando muchos infortunios; al paso que, buscando la muerte, sólo alcanzaremos la conquista de las delicias celestiales... No es justo que, por amor a nosotros, olvidemos la gloria de Dios y la suerte de nuestros hermanos.

—Te engañas—replicó Maximiano—. Nuestra muerte servirá al Señor. La sangre derramada ablandará los corazones más duros.

Estas palabras, dichas con voz de iluminado, profundizaron en los espíritus. Dionisio tomó una expresión de resignada aquiescencia, y los otros, arrodillán-

dose de nuevo, clamaron llenos de entusiasmo, fijos los ojos en las estrellas.

—¡Señor, dadnos paciencia y valor!

Marcio, ardiendo en fiebre, decía oir coros de ángeles que cantaban muy cerca... Y, todos de blanco, los siete, comenzaron a descender el monte Celio, camino de la ciudad, tropezando y cayendo a cada instante; ¡tan enflaquecidos estaban por las maceraciones y los ayunos!

II

Los godos, como un simoún infernal, habíanse precipitado furiosamente sobre la Iliria, la Tracia y la Macedonia, donde corrían danubios de sangre. Prisco, comandante de las legiones imperiales, coaligándose traicioneramente con el enemigo, se hizo proclamar Emperador. Entonces Decio mandó a su hijo contra los bárbaros capitaneados por Prisco; pero las derrotas del Príncipe fueron tan ruidosas que el Emperador, al saber que Filípolis había sido tomada, vino en persona, con tanta suerte, que consiguió desbaratar los ejércitos rebeldes.

Antes de regresar a Roma, Decio, ansioso de descanso, resolvió pasar algunos días en Efeso, linda y voluptuosa ciudad donde los laureles rosa estaban siempre floridos y donde las costumbres eran sensuales, lánguidas y perezosas...

***

Llegó al amanecer, e inmediatamente fué al templo de Diana Artemisa, que, a pesar de la ambiciosa locura de Erostrato, conservaba aún la magnífica solemnidad de sus ciento veintisiete columnas jónicas, en medio de las cuales, vencedora de las llamas, fulgía la estatua de la diosa labrada en oro macizo.

El tirano había pasado la mañana en la bahía de Efeso, bajo el toldo de una góndola, oyendo cantar a dos doncellas de Misytra—patria de las más hermosas mujeres—y bebiendo claros vinos griegos en ancha copa de amatista, en el fondo de la cual, grabado bajo una figura de Baco, había un epigrama de Platón el Joven.

Cansado de música y de vino, mandó remar hacia ciudad, donde la multitud, a la sombra de los laureles, danzaba y reía. El día de su llegada coincidió con el de las Targelias fiestas en honor de Apolo y Diana, que por esta coincidencia habían sido preparadas con excepcional esplendor.

Decio se reclinó en un suntuoso lecho, colocado en la terraza imperial, protegido por un velario de seda verde franjeado de oro, y sostenido al aire por lanzas y alabardas. Dos esclavos, a compás de los gemidos de las cítaras, agitaban suavemente grandes abanicos de pluma.

El Emperador, coronado de yedra, tendido desmayadamente como un ebrio, mascaba una raíz aromática, mientras la multitud, allá abajo, aplaudía loca de entusiasmo.

Cuando las clepsidras marcaron la hora nona, un gran clamor resonó en toda la ciudad. Decio levantó un poco la cabeza, alargando la mirada, y divisó a lo lejos un cortejo que descendía del templo de Diana, al son de un melodioso canto que las flautas acompañaban.

***

El cortejo entró finalmente en el gran paseo, que el palacio imperial ensombrecía. En dos andas, cubiertas de coronas y de flores deshojadas, venían las estatuas de Apolo y de Diana, la una enfrente de la otra. Detrás caminaban humildemente los *hombres malditos*, destinados a la purificación, que iban a ser expulsados de la ciudad, y a quienes las sacerdotisas de Diana fustigaban con ramos de higuera. Decio miraba todo con indiferencia de ídolo: los vapores del vino habíanle producido un completo agotamiento de la atención, un ansia de sueño... Así, cuando las flautas del ritual y la voz de las sacerdotisas comenzaron la famosa *cradles-nomos* del poeta Minnermos, se adormeció, mecido por aquella música solemne y dolorosa.

Al despertar era casi de noche. Desperezándose, ciñóse la corona de yedra que le tapaba los ojos. Después mandó colocar la mesa de la cena en aquella terraza donde el aire era blando y tibio, y se fué al baño aromático, seguido de los esclavos, que incansablemente agitaban sus grandes abanicos de plumas.

Cuando reapareció venía tan lleno de joyas que parecía Heliogábalo. Carbun-

cios, esmeraldas, rubíes, obsidianas, perlas y diamantes cubríanlo de pies a cabeza; traía anillos hasta en la raíz de las uñas, los brazos llenos de pulseras y los tobillos ajustados por perisciles de oro que sonaban como campanillas.

Iluminada por doce lámparas de plata, la mesa resplandecía de cristalería y de metales; cada bandeja, fulgurando como un sol, recordaba aquella preciosísima que la madre de Salomé fué a buscar al tesoro subterráneo del Tetrarca de Galilea, Herodes Antipas, para depositar la cabeza del Bautista. Alrededor de la mesa sangraba la púrpura de los lechos y ardían los bordados de los almohadones, llenos de finas plumas de cisne.

Decio y sus convidados reclináronse en los lechos: el Emperador colocóse entre las doncellas de Misytra, de cuyos cabellos, empolvados de plata, flotaban arácnidos velos de Laconia, y en cuyos senos de mármol ardían úlceras de piedras preciosas.

Las cítaras comenzaron a gemir. Aparecieron doce esclavos alejandrínos que coronaron a los veinte convidados con guirnaldas de yedra y verbenas, al mismo tiempo que otros doce, de la Nubia, llegaban con jarros de oro, llenos de agua perfumada, para las abluciones preliminares.

Las cítaras gemían siempre, ritmando los movimientos de los esclavos...

En el cielo había una maravillosa regata de estrellas candentes.

Decio tomó una enorme copa de lapislázuli, y, después de beber, la hizo circular de mano en mano; pero aún no había dado una vuelta completa cuando un extraño tumulto hizo levantar sobresaltados todos los rostros, apagando todas las voces. Las cítaras enmudecieron de pronto, y el Procónsul, Claudio Rufo, que iba a beber, dejó caer la suntuosa copa, que fué a partirse sobre el mosaico...

De bruces en los balaustres de la terraza, todos los convidados pudieron ver abajo, en la plaza, a los siete cristianos vestidos de blanco, huyendo, perseguidos por la multitud, que los cubría de insultos y los apedreaba con bárbaros refinamientos de crueldad.

Aquella tarde algunos antiguos compañeros de los siete cristianos habíanles preparado una celada. Uno de ellos fué a ver a Maximiano y le dijo:

—Están en Efeso siete pobres cristianas a quienes el Emperador Decio mandó arrancar los ojos, y que, oyendo alabar tus virtudes y las de los que te siguen, desean ardientemente conoceros. Calma su ansiedad. Podéis ir a verlas al caer la noche...

Y le indicó una morada.

Al morir la tarde, profundamente conmovidos por la suerte de las siete mártires, que los estaban aguardando, Maximiano y sus compañeros llamaron a la puerta indicada, que se abrió, gimiendo como si realmente protegiese un gran infortunio; más apenas entraron, en vez de siete desgraciadas sin ojos, vieron siete mujeres de pupilas lánguidas y malignas, siete mujeres diabólicamente hermosas, en cuyos cabellos centelleaban rubíes y de cuyos dedos desprendíanse lúbricos perfumes.

Los cristianos huyeron de ellas como de siete perros rabiosos; pero el populacho que los aguardaba a la puerta, prevenido de la celada, comenzó a perseguirlos, injuriándolos y lapidándolos. Por fortuna, la puerta de las Piscinas estaba aún abierta, y los siete mancebos consiguieron refugiarse, ensangrentados, más con vida, en las dulces y misteriosas soledades del monte Celio.

***

Cuando todo quedó sereno preguntó Decio al Gobernador de la ciudad:

—¿Quiénes eran aquellos siete jóvenes?

—Siete cristianos que abandonaron todas sus riquezas y que por castos huían de siete mujeres que querían conducirlos a sus lechos.

—Démosles un día para que reflexionen; pero si después de mañana no reniegan de su Dios y adoran los nuestros, que sean crucificados...

El Gobernador abrió entonces el grafiario que traía a la cintura, y con el estilete escribió en una tablilla encerada una apuntación ligera.

El festín continuó ruidosamente .. Y al amontonar Decio en una bandeja esmaltada las primicias del primer plato para

llevárselas al día siguiente al altar de Diana, todos los convidados, después de una copiosa libación y de una desconcertada agitacion de ramos de laurel y de mirto, entonaron un cántico tradicional a compás de las liras.

III

Al atardecer del día siguiente, los siete compañeros, que desde la víspera no habían hecho sino rezar, agradecidos al Señor, que les había dado fuerzas para salir del monstruoso infierno en que habían caído, sintiéronse desfallecer de hambre... Sus sacos estaban vacíos, y de los árboles que por allí daban sombra no pendía un fruto siquiera.

Malco, que era el más resuelto, levantóse y dijo:

—Esperad un poco... Iré a la ciudad y traeré de ella lo que nos sea preciso...

Y cubriéndose de harapos, sucio de tierra, simulando un mendigo, comenzó a descender el monte, camino de Efeso.

Al verlo desaparecer, exclamó Dionisio:

—Por lo que ayer hemos oído, Decio pocos días se detendrá en la ciudad. Así que él parta, dejarán de perseguirnos, o, por lo menos, nos perseguirán más blandamente. De suerte que muy en breve comenzaremos nuestra tarea de convertir infieles...

—Si no fuera por la celada que ayer nos tendieron—dijo Maximiano—, tal vez a esta hora estuviésemos ya en la gloria del Señor. Mi plan consistía en ir a situarnos frente al palacio imperial y entonar un cántico cristiano apenas Decio apareciese en la terraza. El Emperador, irritado por nuestro valeroso desafío, no tardaría en mandarnos crucificar... ¡Ah! ¡Qué deliciosa y gloriosa muerte si expirásemos en una cruz, como Nuestro Señor Jesucristo! ¡Pero ay! ¡Aquellas siete diabólicas mujeres nos obligaron a huir como unos cobardes, y, huyendo de ellas, huímos del martirio que ambicionábamos! ¡Aquí estamos aún miserablemente vivos!

—No deplores nuestra suerte—dijo Dionisio—; si estamos vivos, es porque el Señor quiere que vivamos.

Pero Maximiano, arrodillándose de nuevo, con los brazos abiertos, clamó mirando al cielo:

—¡Oh, Jesús adorable, preparadnos el más doloroso de los martirios, para que seamos dignos de Vuestro amor; consentid que suframos todos los dolores que Vos sufristeis; haced que nuestra sangre corra en ondas, y que nuestros cuerpos se tornen tan llenos de heridas que parezcan jardines de rosas!

Los otros, incluso Dionisio, arrodilláronse también y clamaron:

—¡Oh Jesús adorable! ¡Deja que nos martiricen!

Y de rodillas, inmóviles, empezaron a orar pensando voluptuosamente en toda suerte de suplicios: en la hoguera, en la cruz, en la lapidación.

Ya la luna iba alta cuando Malco regresó pálido, desfigurado, los ojos doloridos, las manos trémulas. Su expresión y su actitud inquietaron vivamente a sus compañeros.

—¿Qué nuevas traes?

Malco, dejando el saco de las provisiones, respondió:

—Están levantando enfrente del palacio siete cruces, donde mañana seremos crucificados; por que lo oí, vendrán a prendernos esta madrugada.

Maximiano no pudo ocultar su alegría:

—¡Bendito y alabado sea Dios!

Pero Dionisio habló así:

—Oyeme un momento, Maximiano. Si Dios nos avisa con anticipación lo que va a sucedernos, ¿no será para que, aprovechando este aviso, huyamos de nuestros perseguidores?

Los siete se miraron perplejos.

—Si ambicionamos un gran premio—continuó Dionisio—, debemos ganarlo con un sacrificio grande, y no hay sacrificio que pueda compararse al de vivir. Los odios queman más que las llamas, las traiciones hieren más que los clavos y las ingratitudes lastiman más que las piedras. En la hoguera, en la cruz o en el fondo de una cisterna se muere a prisa, y la muerte, según dicen, llega a ser voluptuosa; por el contrario, el suplicio de vivir es lento, cada vez más cruel, cada vez más insoportable: el corazón no estalla de repente; va rompiéndose poco a poco.

—Tienes razón, Dionisio—dijo Maximiano—. ¿Qué debemos hacer?
Dionisio respondió:

—¡Huir! Tomemos algún alimento, durmamos algunos instantes, y al sentirnos con fuerzas, huyamos por esos montes...

Terminada la pequeña refacción, los siete entraron en una honda cueva cavada en las entrañas del monte. Acostáronse y se adormecieron en un sueño profundo.

Cuando los soldados de Decio llegaron a aquel sitio, ya la mañana era clara. Los siete cristianos dormían pacíficamente.

Uno de los soldados dijo a sus compañeros:

—Quedaos aquí de guardia mientras yo voy a la ciudad. Si el espectáculo de siete crucificados puede intimidar a algunos cristianos, también es cierto que exalta la fe de los más y produce repentinas conversiones. Creo, pues, que el prestigio de nuestros dioses ganaría muchísimo si en vez de crucificar a esos siete mancebos tapáramos la cueva donde están durmiendo. Así su muerte sería menos ruidosa y más terrible. Voy a decir esto a Decio. No demoraré mi vuelta.

Se fué. Cuando regresó, al amanecer, los siete cristianos dormían aún.

—Decio aprobó mi idea—dijo el soldado.

Y sin pérdida de un momento, comenzaron a tapar la cueva con grandes piedras, entre las cuales dejaron algunas tiras de cuero de rinoceronte, donde estaba grabada la descripción del martirio y de donde pendían sellos de plata con la efigie y el nombre del Emperador Decio.

Finalizado el trabajo, los soldados volviéronse tranquilamente a Efeso, pisando, bajo un sol ardiente, sombras de palomas blancas, que cruzaban el aire...

## IV

Ciento cuarenta y cuatro años más tarde, ocupando el trono bizantino el muy piadoso Emperador Teodosio *el Grande*, apareció la herejía de los que negaban la resurrección. Herido en su valerosa fe, Teodosio comenzó entonces a entristecer, martirizándose día y noche con cilicios, orando, derramando ríos de lágrimas.

Por aquel tiempo un hombre de Efeso que tenía muchos ganados, mandó edificar en el monte Celio una gran choza para abrigo de sus pastores. A mitad de la obra, comenzó a faltar la piedra. Y los pedreros pensaron en utilizar la que había sido empleada por los soldados de Decio cuando emparedaron a los siete cristianos. La demolición del muro quedó terminada en un dulce atardecer de verano. Apenas los pedreros se marcharon, los siete mancebos, que no estaban muertos, sino adormecidos, despertaron del prodigioso sueño en que el Señor los había sumido. Se saludaron como si hubiesen dormido algunas horas únicamente, ignorando por completo el gran milagro que en ellos se operara.

Enteramente alucinado Maximiano, después de haber observado el cielo dijo:

—Por la altura de la luna veo que hemos dormido muy poco... Podemos descansar algunas horas más, porque los soldados de Decio sólo vendrán de madrugada, y aún no ha llegado la media noche.

—Descansar a vuestro gusto—dijo Malco—mientras yo vuelvo a la ciudad a buscar provisiones para la fuga, pues, como veis, nuestros sacos están vacíos y no sabemos por qué descampados tendremos que andar.

Malco partió. Sus compañeros quedaron orando.

***

Iba Malco a entrar en la ciudad, cuando se asombró al ver una cruz de piedra sobre la puerta de las Piscinas. ¿Sería un milagro o estaría soñando? Y Malco la miraba maravillado y suspenso. Dulcemente agitado entró en la ciudad; pero allí nuevos espectáculos sorprendieron sus ojos perplejos. Las calles estaban muy cambiadas; no conocía los palacios ni las personas que encontraba; en vez de templos paganos sólo veía iglesias, ante las que se inclinaban respetuosamente los transeuntes.

—¿Qué ciudad es ésta—preguntó Malco a un anciano.

—Esta es la ciudad de Efeso.

Dudando de lo que veía, juzgándose dominado por una inexplicable alucinación, Malco caminaba, cuando vió luz en una pequeña tienda. Entró a comprar algunos panes.

—Mirad—dijo el vendedor, mostrando a los que estaban en el establecimiento los seis óbolos que Malco le entregó—, este mancebo acaba, sin duda, de encontrar algún rico tesoro. Ved si no estas monedas.

Las monedas pasaron de mano en mano.

—¿Cuando hallaste el tesoro? ¿En qué sitio lo hallaste?

Y como Malco porfiase en decir que ningún tesoro había encontrado, sujetáronle con una cuerda y lo llevaron a presencia de Antipáter, Gobernador de la ciudad, que estaba en su palacio con el obispo S. Martino.

Allí Malco confesó que había recibido aquel dinero de su padre, cuyo nombre indicó: más como nadie tuviese de él conocimiento, comenzaron a considerarlo como un embustero, amedrentándolo con la prisión.

— ¿Dónde está Decio? — preguntó Malco.

Hace mucho que murió.

—¿Por qué me engañáis? ¿Cómo es que Decio murió hace mucho si ayer mismo mandó levantar siete cruces para crucificarnos a mí y a mis compañeros?

Malco comenzó entonces a contar cómo Decio los había perseguido; y sus palabras eran tan cándidas, tan dulces y tan convencedoras, que todos dejaron de mirarlo como a un embustero, pasando a considerarlo como un ser sobrenatural. Cuando Malco acabó de hablar, díjole Antipáter:

—Si todo eso es verdad, llevános a la cueva donde están tus compañeros.

—¡Venid!—exclamó Malco.

Y partió al frente del Gobernador, del obispo y de otras muchas personas que lo seguían a la roja luz de las antorchas

***

Apenas percibieron el rumor de los pasos y el fulgor de las luces, los seis dumientes, que se miraban inquietos por la tardanza de Malco, postráronse en tierra, juzgando llegada su hora última. Grande fué su sorpresa cuando, en vez de los crueles soldados de Decio, vieron aparecer pacíficas personas, siguiendo respetuosamente a un santo obispo, cuya cruz de piedras brillaba bajo la nieve de sus barbas, y cuya mitra resplandecía como un distante cimborrio al Poniente.

Malco gritó a sus compañeros:

—¡Alabemos al Señor, hermanos míos, que nos escogió para pregoneros de su omnipotencia! Hemos dormido ciento cuarenta y cuatro años y nos hallamos como si solamente hubiéramos descansado una hora. ¡Demos gracias al Señor!

Todos se postraron en adoración, golpeando los pechos y lanzando vibrantes exclamaciones.

S. Martino volvióse a los que lo seguían, y dijo:

— ¡Arrodillémonos también y oremos. ¡Ved cómo el tiempo, que todo lo vence, fué vencido por estos mancebos! Mirad: sus rostros son como rosas...

Mientras todos daban gracias a Dios por tan singular maravilla, Antipáter halló entre los escombras las tiras de cuero de rinoceronte donde Decio había mandado grabar su cruel sentencia. Leyólas el Gobernador con manifiesto espanto, y después que las hubo hecho pasar de mano en mano, él, que hasta entonces había dudado, arrodillóse como los demás.

***

Al saber esto el Emperador Teodosio, fué a visitar a los *siete durmientes*, les besó los pies con humildad y les entregó todas las preciosas joyas que sobre sí traía para que las repartiesen a los pobres. Hallando aquella caverna más suntosa que su palacio de Bizancio, aquel suelo más blando que su lecho de oro y púrpura y aquel duro pan más sabroso que los refinados alimentos que a diario le servían en gemados platos de oro, allí permaneció tres días; al fin del tercero, los *siete durmientes* comenzaron a palidecer, y murieron suavemente, como si se adormeciesen.

***

Por orden de Teodosio sus cuerpos fueron encerrados en ataúdes de oro.

EUGENIO DE CASTRO.

Poemas del Ultra

# La mujer y la noche.

En el silencio de la noche,
la mujer desvelada
que cuida a un enfermo
o aguarda a su marido que tarda,
cosiendo
toda encogida, bajo la lámpara
como bajo la corona de una Virgen
de pronto
sintió frío
—el frío de la madrugada,
en los pies, que se tornan niños
y tiritan—
sintió frío
y se sintió perdida,
extraviada en silencio,
tan lejos de todo,
en el gran desierto
de su soledad;
y tuvo miedo,
temblaron sus rodillas
y extremeciéndose
se levantó
y estiró sus brazos, evadiéndose
de la zona de luz cansada
que la retenía
atándole una venda en la frente
llagada de pensamientos dulces...
Se levantó temblando,
embriagada de olvido y de tiempo,
ahogada de sí misma
de sus pechos que la anegaban,
creciendo como ríos en la soledad.
Y fué hacia la ventana
opaca y fría, sobre aquel callejón
negro y reluciente de aguas impuras...
en el que sólo había otras ventanas
y sombras de surtidores en los muros...
Y la mujer cansada, puso el busto
sobre el alféizar frío, desalentada...
¡Estaba tan lejos de la ciudad y de la
[vida!
Pero en aquel instante
cuando hubo abierto los cristales
sobre su noche silenciosa y muerta,
una onda de aire alborotado
llegó hasta sus cabellos y se los encres-
[pó...
Un hálito hermoso llegó hasta sus meji
[llas
y hasta su juventud olvidada...
Largos alaridos lastimeros y alegres
atronaron sus oídos,
bajo sus rizos polvorientos y antiguos:
mil ruídos la conmovieron:
y acabaron de despertarla
del letargo de su soledad...
La noche de invierno
que parecía tan quieta
y estaba sólo contenida
por los cristales fríos,
como una boca por una mano,
le reveló de pronto su alma loca
y viva...
Y la mujer tembló como si alguien
llegara trepando a la ventana
y se descolgase en el cuarto y la cogiese
por las torpes muñecas...
Porque toda la noche hirviente
se venía hasta sus ojos y zumbaba
en sus arterias...
Toda la noche con sus astros
que lanzan llamaradas como juglares
y tienen el gesto de los grandes drago-
[nes
pintados en los estandartes...
Y con sus cantos locos y ebrios
y sus mil alaridos de aquelarre...
Un coche se perdió haciendo ruído

por la gran cuesta de su alma...
Un borracho pasó cantando
arañando los muros como terciopelos...
Unos gatos en los tejados verdes
maullaron, sacudiéndose las estrellas
que les erizaban los lomos...
Las mujeres nocturnas siseaban
y se insultaban unas a otras,
mostrándose los vientres como caras...
Se entreabrían las tabernas
rajadas de luz y se oían
voces y cristales.
Y desde todas las esquinas
se veía pasar al hombre solitario
el destripador
que va buscando la mujer más tierna
para herirla en el vientre cándido.
En las calle las fuentes desceñidas
se desangraban en pie como mujeres...
Y a lo lejos
pasaron unas máscaras,
con un ritmo misterioso y eterno,
como si siempre estuvieran pasando...
Era la noche hirviente y viva,
que se revelaba de pronto
zigzagueante
en un momento eterno, como era
siempre tras los cristales fríos,
semejante a un retrato que se animase...
Y la mujer quedó pensativa,
asombrada de aquel prodigio
que se descubría en un instante, traspa-
[sada
como si el tiempo la hiriese con su flecha
más viva, ensimismada,
sintiéndose temblar en el marco
de la ventana que temblaba:
y nada veía con sus ojos,
excepto las estrellas que flechaban
su frente desde los tejados,
más todo lo demás le era invisible
y sólo se anunciaba en sus oídos
por el gran clamor que se los desgarraba...
Y atónita permanecía,
inclinada sobre la noche
como sobre una hoguera, que la arre-
[bolaba
con su calor lejano, viendo el aire
cruzado de chispas lejanas
de bengalas lanzadas desde el otro lado
del callejón profundo y negro:
y sentía palpitar la vida
con un sutil ritmo como tiembla
de pronto en la muñeca que se oprime
con dos dedos, con esa fuerza
que despide el contacto... Y así estaba
la mujer asombrada y absorta
y una congoja jubilosa y triste
henchía sus pechos y temblaba
más traspasada por su intensa emoción,
sola y casta,
más violada que aquellas que a lo lejos
tan rasgadas como sus ropas...
se relajaban en mil nudos sueltos.

R. CANSINOS-ASSÉNS.

---

## FRÍO.

Cuando el sexo dió
toda su energía
la llama que ardía
se apagó.

Antes
los senos eran fragantes
como una rosa
en flor;
después la carne sudosa
huele a sudor.

La boca ardiente que mordía
está fría
y la mirada
está apagada.
No queda nada
de lo que había.

ARMANDO LUNA.

# La nueva literatura.

## MAX JACOB

### Poema simultáneo con superposición sencilla.

¿Que quieres de mí?—dijo Mercurio.

—Tu sonrisa y tus dientes —dijo Venus.

—Son postizos. ¿Qué quieres de mí?

—Tu caduceo

—No me separo de él.

—Traemelo aquí divino cartero.

Es preciso leer esto en el texto griego; esto se llama Idilio...

En el colegio, un amigo suspendido muchas veces en los exámenes me dijo: —Si tradujesen al griego una novela de Daudet, estaría uno muy bien empollado para el exámen! pero yo no puedo trabajar de noche. ¡Le cuesta un llanto a mi madre!—Es preciso leer esto también en el texto griego, señores: esto es un idilio, Eidollos, un cuadrito.

### Anécdota rota en dos alas

Un carpintero hizo el elogio de uno de sus deudores. Se lo contaron a este que se alarmó y fué a buscar a unos amigos.

—¿Adónde va V? Si su acreedor le adora!

—Eh! No ven Vds, que si empieza a elogiarme, es porque está seguro de recobrar su dinero, y si está seguro de cobrarme la deuda, es porque piensa enviarme a los curiales. Corro a ver a mis amigos para que me busquen otro acreedor menos duro que se encargue de pagarle a este.

Como le contase yo esta anécdota a un artista, describiéndole la familia del carpintero; la mujer despechugada, las manos que acunaron al niño, la barba del joven artesano.

—Querido, me dijo el artista—si le pones barba al carpintero, no le pongas hijo, te lo pido por favor. Estando afeitado el padre, resulta menos tonto el cuadro y la anécdota gana con ello.

Y como yo no comprendía, el artista se encogió de hombros.

Yo también me encogí de hombros por razones que no diré.

### Poema en forma de media luna

—Vendré a verla a V. todas las mañanas, señora, hasta que su hijo el capitán vuelva de las colonias.

—Más sencillo sería que mirase en los anuarios para saber qué día estará aquí si tanto deseo tiene de verle.

Entramos en casa de la dama durante su ausencia. Mi hermana declaró que tiene un hermoso mobiliario; una cama con incrustaciones de marfil, a la que se le ha caído el marfil.

—Camas como esta se ven en todas partes. Por lo demás, no vale nada, porque no es antigua, puesto que mira aquí incrustado el retrato del hijo de la dama.

—No te sirvas de su lima para las uñas. Primero porque no sabes servirte de ella cuando son de marfil, y luego por que no debe uno servirse de las limas para las uñas de una dama, cuando ella está ausente. Sin entrase ahora ¿que diría? Y si no dijera nada ¿qué pensaría?

—Yo le diría que estaba aguardando a su hijo el capitán que está en las colonias.

—Ella pensaría que abusabas de su casa, te echaría y tendrías que irte otra vez solo a beber en las terrazas de los cafés.

MAX JACOB.

(R C-A traduxit).

Del libro *Le Cornet à des.* (París, 1906).

# A la mano creadora de Rubén Darío.

Mano de hierro dulce, mano de blanda cera,
mano de rosa rosa, de sándalo y de vino,
oh, manojo divino
de flores, crisantemos de otoño en primavera!

En tu loco entusiasmo corriste por las pistas
blancas, donde grabaste las magnas epopeyas
en columnas gigantes de gentiles aristas
y en un derramamiento prolífico de estrellas.

Domeñaste caballos, y cisnes, y leones,
y reyes, y en el cielo de tus cinco sentidos,
pusiste, en vez de carne, cinco constelaciones,
y cinco blancas rosas, y cinco blandos nidos.

Y fuiste tan sonora, sensible y sensitiva,
que la emoción lloraba en tí tan dulcemente
como si palpitase en tí una arteria viva
y un corazón emocionado, y una frente.

Instrumental, sinfónica, con todos los registros,
tus cañas fueron cinco cuerdas de violines,
cinco trompas guerreras, cinco armoniosos sistros,
cinco claros clarines.

Oh mano que, guardada en tu estuche de raso,
has perdido el compás, y el ritmo, y la armonía,
qué fueron de los nervios que te ataban al brazo?
Y qué fué del espíritu que al corazón te unía?

¿Cómo, cómo te has ido?
Cómo tu luna blanca se ocultó entre celajes?
Qué flecha de curare de un flechazo te ha herido
y ha hecho saltar tu sangre de entre encajes?

Pero aún vives viva entre los rasos rosa,
entre las piernas suaves y en las carnes de seda,
en la oculta crisálida que será mariposa,
en el pico del cisne y en los labios de Leda.

Y, aunque seas un blanco esqueleto de plata,
llevarás en tus dedos tus buriles de artífice,
y cogerás con aire tu gran manto escarlata,
y brillará en los siglos tu anillo de Pontífice.

ROGELIO BUENDÍA.

El cuento quincenal.

# El divino poder.

*Gabinete contiguo a la sala-tocador de Colombina. Por la ancha vidriera abierta, se distingue el diminuto jardín de la villa, brillante, bajo el sol de Marzo, (que tiene locas inquietudes de adolescencia), con sus mil sartas de cristal, prendidas en los árboles y en los senderos por la pasada lluvia. Las estatuas, recién lavadas, lucen verdes paramentos de líquenes, los plátanos parecen de oro, y los cipreses se recortan en el azul como enormes obeliscos de bronce. Hay un alborozo de pájaros en cada rama y un tierno perfume de flores nuevas. Sentados, frente a frente, ante una pequeña mesa de laca, Arlequín y Pierrot apuran sus vasos de ajenjo. Y hablan, lentamente, con un algo de grotesca tristeza en la voz y de funambulismo en los ademanes. Un roce de sedas llega del tocador de Colombina. En los espejos, donde se miniia el paisaje, palpita el alma de las cosas reflejadas.*

—

PIERROT. Toda la honda melancolía de los destinos inciertos, de las esperanzas que no llegan a realizarse, de los deseos siempre vivos y nunca satisfechos, me acompaña constantemente en mis largos caminos...

ARLEQUIN. Tu no conoces la vida... En las noches de fiestas, cuando cruza el alegre cortejo los parques iluminados, tú sólo sabes contemplar el cielo, que llora estrellas...

PIERROT. También sé contemplar los ojos claros de Colombina, y sé reir, mientras me desdeña.

ARLEQUIN. Pero son sus desdenes porque tu risa es triste. Ella tiene el alma formada de trinos, de risas y de aromas, y en el sonoro vuelo de una carcajada se deja llevar como en un palanquín.

PIERROT. Entonces, mi mal no tiene remedio.

ARLEQUIN. Seguramente. Yo tomo de las cosas la porción de alegría que me ofrecen, y con ella adorno mis sienes como con una guirnalda. Bebo en todas las copas el vino que hace florecer de besos todos los labios; recojo todas las miradas que brindan el amor entre burlas; descubro todos los secretos que hacen retorcerse de risa a las Marquesas cuando los deslizo en sus delicadas orejas de rosa, y en un glorioso aturdimiento, paso por todos los caminos dejando la estela roja de mis escándalos.

PIERROT. ¡Mi estela es blanca! Yo siento la suave dulzura de las cosas cándidas. Tomo en mis manos las rosas que abrieron durante la madrugada y las aplico a mis oídos para que me cuenten sus sencillas historias; en los ojos de las mujeres veo las miradas puras de las estrellas; experimento la desolación de los caminos olvidados, de las estatuas rotas, de las fuentes mudas... Escucho los diálogos en silencio, esas conversaciones llenas de melancolía que entablan los seres que se comprenden, para los que no son precisas las palabras...

ARLEQUIN. Prefiero el bullicioso encanto de las orgías. Los gritos de placer, las mujeres embriagadas de champán y de valses, las piras de frutos que se desbordan de las mesas de los banquetes, las copas que se quiebran, los ramos de flores que deshojamos sobre una cabellera perfumada....

PIERROT. Yo prefiero, en las fiestas, los violines que, al evocarnos a Hungría, desfallecen de amor... Y esa tímida claridad que empalidece las luces artificiales del salón, cuando llega el alba.

ARLEQUIN. Nunca conocerás el placer, Pierrot.

PIERROT. Nunca conocerás el sentimiento, Arlequín.

*(El sol se oculta. A través de un grupo de pinos se advierte el magnífico incendio del horizonte. El humo lento de las tardes, después de empenachar los hogares en reposo, se difunde por el azul pálido del cielo. Amortíguase el oro de los plátanos del jardín, y las estatuas tienen delicadas tonalidades de ámbar. En el gabinete se espesan las sombras; los espejos se han hecho más profundos y parecen adelantar la noche. Los vasos de ajenjo, sobre la mesa de laca, re-*

*cogen el último temblor de la luz y brillan como dos grandes topacios. Del tocador de Colombina llega un rumor de sedas...)*

PIERROT. En la vaguedad de estas horas tranquilas, dijérase que se siente el latir de las almas que agonizan.

ARLEQUIN. Más bién parece percibirse el estremecimiento de impaciencia de los que se disponen a gozar los bienes de la noche. En este momento, las damas comienzan a perfumar sus cuerpos de diosas para ofrecerlos luego, divinamente desnudos, en los lechos de sus amantes; los senos, blancos como albas, reciben el carmín en sus pezones, se agrandan las ojeras, y se pintan lunares en las nucas fragantes; entre sorbos de té, se promete una cita que ha de realizarse a la madrugada; enciéndense las bujías en los tocadores, se preparan los ramos de rosas en las tazas chinas, se calzan las medias de seda transparente... Nuestra propia Colombina, termina de vestirse para asistir al baile de máscaras del Molino Rojo. Es la hora de las esperas impacientes....

PIERROT. O de las prolongadas esperas de lo que nunca ha de llegar...

ARLEQUIN. Es la hora en que se colman nuestros deseos como las ramas en Primavera...

PIERROT. Es la hora incierta de las torturas inútiles... Languidecen los brazos desnudos a lo largo de las faldas oscuras, y nos torturamos por no sentir ansia de besarlos. Y es inútil nuestra tortura, por que jamás tornará a ellos el encanto que antes tenían... Y aquellos brazos desnudos, semejan nardos marchitos en un vaso de Sévres...

ARLEQUIN. Es la hora en que se torna rojo el horizonte, y los árboles, y las torres, y los ríos, y las balaustradas marmóreas, como si el mundo se vistiese con la púrpura de los reyes galantes.

*(Del tocador de Colombina, donde ha cesado el rumor de sedas, llega el argentino sonar de sus pulseras al abrocharse).*

PIERROT. ¿Cómo, pues, siendo tan distinto del mío tu carácter, coincidimos en el amor de Colombina?

ARLEQUIN. Porque a ella nos lleva la necesidad de amar que experimentamos todos los hombres.

PIERROT. Yo la amo ideológicamente.

ARLEQUIN. Yo la amo en su divina frivolidad.

PIERROT. Pero ella se burla de ambos.

ARLEQUIN. Y nosotros nos curamos de sus desdenes bebiendo ajenjo en las tabernas de los muelles.

PIERROT. Mientras bebo, evoco sus ojos claros, que tienen felinas fosforescencias...

ARLEQUIN. Yo recuerdo su boca llena de risas y de miel..., pero la olvido pronto.

PIERROT. A mi me basta con mi ensueño...

ARLEQUIN. Entonces, emancipémonos de su tiranía.

PIERROT. Busquemos el ideal en todas las mujeres.

COLOMBINA. *(Desde dentro.)* ¡Os estoy oyendo, señores conjurados!

*(Aparece en el gabinete. Las ampollas de cristal se iluminan. Ella, como la «niña mala» verlainiana, lleva un pompón de rosas en la falda. Segura de su divino poder, sonríe.)*

COLOMBINA. De modo que no estais dispuestos a continuar reconociéndome por vuestra reina y señora...?

*(Arlequin y Pierrot hacen signos negativos).*

COLOMBINA. Ni a soportar mis caprichos ni mis desdenes...?

*(Arlequin y Pierrot vuelven a negar).*

COLOMBINA. Lo veremos, caballeros, lo veremos.

*(Con dos dedos, rosados y diminutos, en una gentil actitud de minué, coge los costados del vestido y lo alza hasta enseñar sus muslos, blancos como los de Lais, la cortesana. Pierrot, de rodillas, pone un beso fervoroso en cada uno de ellos. Mientras, Colombina ofrece a Arlequín, su boca llena de miel, y sus ojos guiñados por la risa. Y una misma fragancia de carne femenina envuelve a los dos pobres peleles que la siguen al Molino Rojo, sirviéndole de cortejo durante toda la noche.)*

LUIS MOSQUERA.

# Luces de la ciudad bajo la noche.

A Rafael Cansinos-Asséns, gran Maestre del «Ultra»

Luces.
Rosas de luces que se encienden
en explosiones silenciosas
hasta irrumpir en las retinas
en mil fracasos,
multiplicados por los horizontes
y por el inmenso estuario
azul
del mar.

***

Luces.
Luces que surgen,
suavemente,
o bien con el ímpetu estelar
con que fluiría la sangre
a los miembros que hubiesen sido cer-
[cenados
sobre un tajo de estrellas.

Luces que se sumergen en el río,
y tiemblan,
como flores de légamo,
o como rojas pupilas de borrachos
que vomitasen vinos hediondos
desde los pretiles de los puentes.

Luces que brotan a la vida nocturna,
en los cristales y en las torres,
como rescoldos de la hoguera
purpúrea del crepúsculo
en que murió la tarde,
voluptuosamente,
[illegible] ulceradas
por los rayos del sol—
y herida por las jabalinas temblorosas
de los relámpagos del estío.

Luces de la ciudad
que irrumpen en la noche,
ya poblada por el zumbido
de las mil abejas del silencio.

Luces que surgen en la sombra
como rosas de sangre
que fuesen extravasadas por las lunas
de las ánforas plenas
puestas en los intercolumnios de las vír-
[genes.

Luces de las constelaciones
que son como las mamas prodigiosas
del torso azul de Urania
que rezuman estrellas encendidas
sobre los vastos mares y los ríos.

Luces misteriosas de San Telmo
ebrias sobre los mástiles,
que están como empavesados con es-
[trellas.

Luces que en las cúpulas son pájaros
de rotas alas temblorosas,
nostálgicos de sol bajo la luna
y ansiosos de partir en un gran vuelo,
sobre los naranjos y sobre las salinas,
en la fresca mañana ribereña
que traerá más luces aún
en las blancas banderas de la aurora...

ADRIANO DEL VALLE.

# "El Divino Fracaso"

SIEMPRE que miro a la luna me acuerdo de Rafael Cansinos: Esta rara y elevada coincidencia tiene su fundamento, en que bien mirada la obra de Cansinos, está toda ella bajo la égida de los suntuosos plenilunios de oro.

Como un Buda sentado sobre un pedestal marmóreo, así me han sorprendido los primeros rayos de luz de la mañana sentado sobre mi frío tálamo de hombre célibe, leyendo las últimas páginas de «El Divino Fracaso». Y en esa serena actitud, oh maestro fraterno, he querido glosarte y prodigar a tu libro mi más fervoroso y entusiasta *¡Hosanna!;* pero he aquí, que un frío que me hacía recordar mi triste juventud de bohemio me ha hecho saltar del lecho precipitadamente. He levantado los visillos de mi ventana y he visto cómo el sol empieza a descorrer las cortinas de nieblas, y henchido de optimismo le he dicho:

—¡Oh, sol, que eres dulce como la caricia de una madre!

Después, he buscado las orillas del «río de la infancia», donde las blancas gaviotas navegan y revolotean posesas de una alegría inefable. En la dorada cúpula de la Torre del Oro una cigüeña, con su cuello enroscado en el pararrayos, parece una serpiente terrible. Las sirenas de los grandes buques se dejan sentir de vez en vez con unos zumbidos desgarradores y broncos hasta perderse en la bruma las embarcaciones.

Heme aquí, en la glorieta de las «Delicias viejas»; en mi derredor el paisaje no puede ser más bello y exuberante; en los naranjos, todavía hay naranjas de oro; en las palmeras, con la brisa matinal, las palmas se agitan como alas de arcángeles; las esculturas romanas, vistas entre las hojas del boscaje, parecen elfos vivientes y propicios, y el sol, que me inunda y que me abrasa, oh, sol, que eres dulce como la caricia de una madre.

---

«El Divino Fracaso» es un templo donde las imágenes más bellas aparecen revestidas de la pompa majestuosa con que el cálamo de oro de Cansinos sabe ornarlas, como un artífice del Renacimiento italiano; es, sin duda, la narración más sincera y conmovedora, donde refleja el concepto del espíritu de los hombres y de las cosas, la vida de los artistas bohemios en los divanes de los cafés; pero más que nada, es una autobiografía, donde algunas veces asoman reproches dulces que nos hacen llorar amargamente a los que sentimos y amamos el arte de este Sacerdote de Normas.

He aquí, que una noche quiere probar la resistencia de sus discípulos y adopta ante ellos una actitud de mercader, pero los poetas le increpan y persisten en rimar con lágrimas sus versos y en tener por único abrigo sus luengas guedejas bohemias. El Maestro reconoce lo justo de sus anhelos y ríe enigmáticamente, diciéndoles: «Solo he querido probaros». Y en su alma florece un gozo que le recompensa.

En «El Divino Fracaso» se inicia la curva prodigiosa de «Ultraismo» donde seguramente con el prestigio de su mágia nos llevará a todos sus discípulos para iniciarnos en el Nuevo Arte del cual es Cansinos el Gran Sacerdote y está revestido litúrgicamente con su mitra azul y bien ceñida su alba por el cíngulo lírico de los grandes martirios; él derramará sobre nuestras cabezas su copa de fluidez que tiene la virtud de rejuvenecernos, de hacernos gratos ante las vírgenes locas y los efebos barbilindos.

Oh la jaula de oro del estilo incomparable de Cansinos!

Porque algún día, entre los hombres que son tus hermanos, florecerás como una primavera bajo los arcos de las acacias en flor y con tus manos líricas tocarás las estrellas doradas que te son fraternales.

Porque algún día, oh tú que eres divino y sencillo como David, una sevillana de ojos negros te reconocerá como a un verdadero Dios diciéndote: Evohé, Evohé, Evohé.

ISAAC DEL VANDO-VILLAR.

PI DA V. CAFE MARCA

# El Barco

El mejor, el mas selecto.

Especialidad en torrefacción concentrando su aroma.

Despachos:

Imágen, 13 y Alcázares, 1.

SEVILLA

FARMACIA ECONOMICA

Encarnación, 10

Coliseo, 44

# Sevilla

**SANITAS** (SOLDIS)

EL MEJOR DESINFECTANTE, MICROBICIDA PARA AGRICULTURA, GANADERÍA E HIGIENE

**SANITAS** (POLVOS)

SIN RIVAL CONTRA TODA CLASE DE INSECTOS Y PARA USO DOMÉSTICO

**JABÓN "SANITAS"**

EL MEJOR DEL MUNDO COMO MEDICINAL Y DE TOCADOR

(The "SANITAS" Company Limited) Londres

CONCESIONARIOS: **Mole y Welton**

Almacenes y Oficinas: Plaza San Agustín, 2 y 3

Telegramas y telefonemas: SANITAS-SEVILLA

Telèfono núm. 463

SEVILLA

ACABA DE PUBLICARSE

"EL DIVINO FRACASO"

DE

RAFAEL CANSINOS-ASSENS

BIBLIOTECA-NUEVA

Almacenes Algarin Hermanos

LINEROS, 1

GUELLOS—PUÑOS—CAMISAS

CINTURONES—LIGAS—TIRANTES

CORBATAS PAÑOLERIA

Perfumeria de las mejores marcas del pais y extranjeras

IMPERMEABLES INGLESES

Sección especial de ropa blanca fina

DAMAS

Música :-: Pianos :-: Instrumentos

Discos :-: Odeon :-: SEVILLA

# Grecia

Revista Quincenal de Literatura

Director
Isaac del Vando-Villar
Redactor-Jefe
Adriano del Valle
**Redacción y Administración**
Amparo, 20.—Sevilla

Precio de suscripción mensual
En Sevilla. . . . 0'30 ptas.
En provincias . . . 0'40 »
En el extranjero. . . 0'50 »
Número suelto, 10 céntimos.

GRECIA se vende en todas las capitales y pueblos importante de España
**Tirada mínima 5.000 ejemplares**
**Prestigiosas colaboraciones**



CONSULTORIO MÉDICO
DEL PROFESOR

**M. Sánchez-Pizjuan**

ESPECIALISTA

en enfermedades del
sistema nervioso

Consultas de 12 a 2 y de 4 a 7

**CORRAL DEL REY, 9**

SEVILLA

**ALMACÉN DE MUEBLES**

DE

**Alejandro Velasco**

FERIA, 23.—SEVILLA

**Compra y venta de antigüedades y objetos de Arte.-Se alquilan mantones bordados y mantillas.-Se compra lana usada.-Se alquilan y venden trajes de toreros y picadores, y todo lo perteneciente a este arte.**

Grandes Almacenes

# EL AGUILA

Sierpes núms. 70 y 72.--Telefono, 18.

**SEVILLA**

**SUCURSALES**

Madrid, Barcelona, Alicante, Almería, Bilbao, Cádiz, Cartagena Gijón, Granada, Málaga, Palma de Mallorca, Santander. Valencia, Valladolid, Zaragoza.

**Ropas confeccionadas para caba lero, señora, niño y niña**

Peletería, Camisería, Géneros de punto, Corbatería, Guantería, Sombrerería, Zapatería, Paraguas, Bastones y Artículos de viaje.

= PRECIO FIJO = VENTAS AL CONTADO =

EL JABON MIEL DE VACA MARCA LA GIRALDA LE COMUNICA AL CUTIS LA SUAVIDAD DEL TERCIOPELO Y LA MÁS PERFECTA BLANCURA ES EL MEJOR Y EL MÁS HIGIÉNICO DE VENTA EN LAS PRINCIPALES DROGUERIAS Y PERFUMERIAS

# Banco Hipotecario de España

Préstamos sobre fincas rústicas y urbanas en toda España, al interés del 5 por 100 anual, por tiempo de 5 a 50 años, se hacen operaciones, sobre fincas aunque estén hipotecadas, se anticipan cantidades sin interés hasta realizar los préstamos.

ESTA AGENCIA TIENE ENCARGO DE VENTA Y COMPRA DE FINCAS RÚSTICAS Y URBANAS

AGENCIA, UNIÓN 1, TRIPLICADO

HORAS DE OFICINA DE 12 A 5

# Bazar Victoria

(Antes Graciani)

FERRETERÍA, BATERÍA DE COCINA, ARTÍCULOS DE CAZA, ESCOPETAS.

BAÑOS Y ARTÍCULOS DE SPORT

# ISAÍAS SAINZ

Gran surtido en cubiertos y servicios para mesa

ARTÍCULOS PARA REGALOS

Manuel Cortina, 1 y 3.

y Alvarez Quintero, 24 y 26. *(Entrecárceles)*

SEVILLA


Tip. «La Exposición» Federico de Castro, 18.-Sevilla